LA GEOGRAFÍA DE LA HISTORIA

Por: HERMANO JUSTO RAMÓN
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen V
1938

La historia de un pueblo guarda estrecha relación con su geografía tomadas una y otra ciencia en toda su extensión.

Nadie será osado a negar que un mar, un río, una montaña, la fecundidad o esterilidad del suelo, la frigidez de las mesetas o el clima ardiente de las bajas llanuras, la pobreza o riqueza del subsuelo, pueden encauzar las rutas y el porvenir mismo de los pueblos. No que por sí solo uno de los enunciados factores influya siempre privativa e indefectiblemente; pero sí pesando en la balanza de los destinos históricos al lado de otros factores concurrentes, por sobre los cuales está siempre la libre determinación de la humana voluntad, más o menos urgida por el medio o invitada por la codicia.

No es nuestro ánimo adentrarnos en cuestión tan importante, al par que vasta y compleja. Intentamos solamente enunciar las relaciones de la Geografía con la Historia, hacer sobre ellas muy breves consideraciones, y aplicar algunos casos a la Historia universal y a la colombiana.

"No es solamente — dice Ritter — en el círculo estrecho de un valle, montaña, pueblo o estado, sino en todas las llanuras, en todas las altitudes, pueblos y estados, donde se manifiesta la reciprocidad de la naturaleza y de la Historia, desde el principio de los tiempos hasta nuestros días".

Ya no se trata, pues, tan solo de que la Geografía intervenga para decirnos: este fue el sitio de la batalla; esa la ruta de los conquistadores; aquellos los límites de la nación avasallada; esas las lindes hasta donde llegó el invasor. No. Falta de interpretación y vacía de consecuencias, la llana ubicación de sitios históricos, que por cierto ha podido requerir pacientes investigaciones sobre rutas y lugares, tendría apenas un valor mnemotécnico y casi convencional. Pero la ciencia geográfica ha adquirido más alto relieve en relación con la ciencia de Heródoto. Bien interpretada y unida a la descripción suficiente de cada elemento geográfico, esa localización puede servir de talla a las humanas empresas, escala cartográfica en mano y cronología presente, por el avaloramiento de las dificultades y la consiguiente calificación del empeño, con lo cual asciende un peldaño más el elemento *geografía*. Pero colócase éste en lo más alto, convirtiéndose en verdadera clave de la

historia, si soluciona interrogantes como éstos: ¿por qué en tal lugar o país? ¿Por qué tal pueblo?... Este último aspecto, el más científico en la relación considerada, es el que ha recibido el nombre de "Geografía de la Historia", objeto de una ciencia que, si acaso no ha adquirido ya dominio propio, es por lo menos parte principalísima de la Geografía humana.

Es que el medio geográfico dista mucho de ser extraño a la formación de aquel conjunto de cualidades que constituyen el carácter de los individuos y de los pueblos que hacen la Historia. Los hombres no son iguales en todas las latitudes, y va mucho de la idiosincrasia de los pueblos de las regiones frías y brumosas de las altas latitudes septentrionales a la índole de los que habitan las abrasadas llanuras de los trópicos. Un suelo pobre y desapacible determinará el carácter sufrido de sus habitantes, así como otro fértil y ameno los fijará a la tierra y predispondrá su espíritu para las ciencias y las artes.

Admitida esta influencia, se conviene en que no siempre es mero recurso oratorio o artificio de interés empezar la historia de los pueblos por la descripción física del país en que vivieron, ni la de los grandes hombres por dar a conocer el suelo en que nacieron o en que desarrollaron su personalidad.

La primera relación digna de estudio, entre las dos ciencias, es la de medio a fin, por la que más de una vez puede medirse la grandeza de las empresas históricas, dadas las dificultades que la naturaleza opone a su realización.

Más de ciento cuarenta leguas, calculadas en seis distancias directas, median entre Mantecal y el campo ya inmortal en que se selló la libertad de la Nueva Granada. Entre las ardientes llanuras de Casanare y las heladas regiones de Pisba se interponen tres mil seiscientos metros verticales, con sus consiguientes variaciones de climas; es el invierno, y el llano un solo río; hoy, más de un siglo después de esa campaña ilustre, la vía de ascenso a la cordillera es todavía un camino áspero y temible como pocos. Pues bien: suprimidos varios, y aun uno solo de estos hechos geográficos, el escenario de la campaña de Boyacá sufriría un escorzo enorme, que haría perder de su grandeza a la hazaña libertadora.

¿Y a cuántas otras acciones de nuestra Historia, a la campaña de Nariño en el Sur, por ejemplo, no pudiera aplicarse esta medida geográfica, para colocarlas a su verdadera altura en la escala de la grandeza moral? Díganlo los conocedores del páramo de Guanacas, del valle del Patía, y de los formidables tajos por donde ruedan sus aguas el Mayo y el Juanambú, inexpugnables vallas opuestas por la naturaleza en defensa de la indomable Pasto.

La relación más alta entre la Geografía y la Historia es la de causa a efecto, que proporciona más numerosas y variadas aplicaciones.

Tal pueblo a quien negó la tierra el sustento se lanzará a la conquista, si el número, o las armas, o la audacia siquiera, están de su parte. Y tal otro, rebosante de bienes, sumido en la molicie de una vida fácil, estará a merced del conquistador. Así, la pobrísima economía que a sus habitantes permite la Mongolia, explica cómo en diversos momentos de la Historia se lanzaron sus pastores en marejada sobre las regiones colindantes y sobre la misma Europa, necesitados de espacio por el crecimiento de la población y la insuficiencia en

recursos de sus estepas, e invitados al propio tiempo por la codicia de más afortunadas regiones.

Apliquemos esa misma relación a la primera de las mencionadas campañas. ¿Cómo se explica el teatro escogido para la campaña libertadora? Inclinados estaríamos quizás a explicarlo paradójicamente, por lo mismo que dicho teatro parecía contraindicado, por el invierno que anegaba la llanura, y por la valla de páramos, terrífica para un ejército de llaneros. Estas circunstancias eran propias para un golpe sorpresivo, y por eso pudieron, aunque desfavorables, imponerse a la férrea voluntad de los libertadores. Más por sí solas no parecen suficientes a determinar aquella elección. Quienes han transitado por el antiguo camino de Cúcuta a Tunja (hacemos concurrir en un mismo punto dos posibles escenarios), podrán apreciar las dificultades topográficas que esta otra vía presentaba. Es preciso saber, además, que la campaña hubiera sido de reñidas batallas desde los valles mismos de Cúcuta, con un enemigo aprestado a la defensa desde los primeros intentos republicanos. Por Casanare y Pisba se presentaba, nos parece, la línea de menor resistencia, y por ella se caía de una vez, sorpresivamente, en el corazón del Nuevo Reino, en la abastecida provincia de Tunja. Probablemente no había, pues, tal contraindicación por Casanare, y la elección fue resultante natural de ventajas tanto físicas como humanas. No obraron, por lo tanto, hechos exclusivamente geográficos.

Línea de menor resistencia, acabamos de decir. La Historia nos presenta casi invariablemente a la humanidad rompiendo los obstáculos físicos, como los morales, por su parte ístmica, la de menor resistencia. Sobran los ejemplos. El sistema montañoso del Tauro forma con sus divisiones una verdadera sierra, tan difícil de franquear como los Pirineos, salvo lo relativo a las nieves perpetuas, que faltan en el primero. El único paso relativamente fácil que ofrecen estas montañas es el célebre desfiladero de las Puertas cilicias. "Por allí pasaron Alejandro, los cruzados, los ejércitos y mercaderes de todos los siglos, desde que los hombres trafican y batallan", dice K, Granger; y por allí construyeron los modernos el ferrocarril de Bagdad. En las montañas interpuestas entre el Afganistán y el Imperio de las Indias se halla la gran vía histórica de Kabul, con los pasos de Kaiber y Bholan, por donde franquearon siempre la montaña las hordas invasoras, los ejércitos conquistadores, desde los arios y los soldados de Alejandro y Antíoco, hasta los mogoles y los árabes que por allí llevaron el islamismo a la India; y por esas mismas gargantas se internan los ferrocarriles de Lahora y Haiderabad, que con el tiempo habrán de cruzar las mesetas del Irán.

La expedición de Quesada nos presenta asociadas las relaciones de medio a fin y de causa a efecto. ¿Por qué ruta había de llegar esa expedición a la Sabana de Bogotá? La vía trazada por la naturaleza para el descubrimiento del interior era el Magdalena, y por ella se internó Quesada. Pero un hecho humano-geográfico, en apariencia insignificante — el hallazgo de unos panes de sal y unas mantas indígenas — desvió de aquel río al español, y lo comprometió por la serranía del Opón y el valle de Vélez, hasta conducirlo a la capital del imperio chibcha y a la sede de Quemuenchatocha.

A haber sido otra la configuración de nuestro continente, habría mudado de faz la historia de su conquista. ¿Y qué no hubiera mudado en ella, y en la colonización, y en la emancipación, una mayor proximidad a los demás continentes? Dos mares próximos son y serán siempre la historia de Panamá.

Si la Historia es, muchas veces, un eco de las realidades geográficas, la Geografía, a su vez, refleja frecuentemente la Historia. Muchas páginas de ésta proclaman tal reciprocidad. Ejemplo típico de sus mutuas relaciones nos ofrecen las alternativas de los pueblos del Mediterráneo, en relación con aquel mar, el Oriente, el imperio otomano, los descubrimientos del siglo XV y un hecho trascendental del XIX. Cambiadas las rutas del comercio, decaen poderosas repúblicas como Génova y Venecia.

Por su naturaleza el Mediterráneo tenía que crear — como creó — una concentración de pueblos en torno suyo. Pusieron fin a ella las invasiones bárbaras, y más aún el Islam, que durante diez siglos partió el mar interior en dos partes mortalmente enemigas. Ese mar dejó de ser el centro de pacífica convergencia de las rutas marítimas, y sus costas fueron metódicamente devastadas y convertidas en guarida de piratas y corsarios. Sus ciudades decayeron. En vano Génova y Venecia mantuvieron abiertas, del siglo XI Al XV, algunas rutas comerciales entre cristianos e islamistas: Colón y Vasco de Gama consumaron la obra empezada por bárbaros y otomanos. Desde los dos máximos descubrimientos geográficos del siglo XV, el desarrollo de la población y de las grandes vías marítimas viró hacia el frente atlántico europeo. Con todo, en el siglo XIX un hecho tan histórico como geográfico debía animar nuevamente las rutas y ciudades mediterráneas: la apertura del canal de Suez, que puso cierto equilibrio en las líneas comerciales de Europa con el resto del globo.

Vaya otro ejemplo de reciprocidad. Contemplando el mapa político de Europa, más de una persona estudiosa se habrá preguntado cómo las naciones europeas permiten que un pueblo asiático asiente aún sus dominios en Europa, aunque no sea sino en una extensión de 25.000 kilómetros cuadrados: nos referimos a la Turquía europea. Dos hechos, uno meramente geográfico, político el otro, explican aquella aparente anomalía. No se sabe si los Dardanelos y el Bósforo, unidos por el mar de Mármara, son raya .de separación o más bien lazo vincular entre Europa y Asia. Su importancia económica, política y estratégica es evidente, como cruzamiento de las vías terrestres y marítimas entre Europa y Asia, entre el mar Negro y el Mediterráneo. Tan valiosa y formidable es la posesión de la llave de aquellos estrechos, que ninguna gran potencia europea consiente en verla en manos de otra similar, ni siquiera aliada, ni de los mismos países balcánicos. Déjesela, pues, en manos de los turcos, impuesta la destrucción de sus fortalezas: el hecho geográfico crea un hecho político, y éste a su vez se traduce en otro geográfico.

Más aún: la Geografía explica la Historia, no sólo en lo que ésta tiene de positivo, sino hasta en sus mismos aspectos privativos. Varios pueblos del Asia alcanzaron en la edad antigua muy apreciable grado de civilización, que poco trascendió al Occidente, y cayeron luego en prolongado estancamiento, por las mismas causas que les impidieron ser descubridores de mundos desconocidos. El Oriente asiático brinda en sus costas suficientes y bien pronunciadas escotaduras, archipiélagos numerosos, y aun verdaderos mares interiores, para que en él florecieran naciones de aventurados marinos. Pero ni aun sus pueblos litorales (salvo el malayo, muy limitadamente) comprendieron la poderosa atracción de los mares. "Durante decenas de siglos — observa Granger — vieron esos pueblos estallar en sus riberas la prolongada caricia de las olas llevadas por el monzón, sin oír la atractiva invitación, sin sentir el impulso de lanzarse en busca de lo desconocido".

¿Por qué aquel estancamiento, por qué aquella inercia ante los mares abiertos? Cuando en Europa, salvo en Rusia, no hay punto a más de 400 kilómetros de algún mar, en el Asia aquellas distancias se miden por miles de kilómetros; y por otra parte, vastos desiertos, encumbradas y dilatadas mesetas, colosales masas montañosas, un océano encadenado por los hielos, la inmensidad vacía del Pacifico y del Indico, creaban un cerco de aislamiento y postraban todo esfuerzo de fecundos alcances. Los primeros grandes navíos que surcaron los océanos del Levante no salieron de los astilleros asiáticos — que no existían — sino de la Europa ignorada del Asia, de proporciones físicas mucho menores, de más escasa población, pero de litoral, en relación con su tamaño, más numerosa y profundamente articulado para la formación de un pueblo de marinos, y su entrenamiento, como diríamos hoy, para aventurarse en el océano.

Mas la apreciación del poder de encauzamiento que sobre la Historia ejercen las líneas, superficies y volúmenes geográficos, se halla ocasionada a contrarios errores, nacido el uno de la exageración, originado el otro por prejuicios o insuficiente examen de la cuestión. A uno y otro expone la complejidad de elementos geográficos y humanos que influyen en la Historia, por lo cual no es de sorprenderse que fallen en sus teorías pensadores de renombre. Ni se puede negar de plano la importancia histórica del factor Geografía, ni es lícito exagerarla hasta un absoluto determinismo geográfico.

En el segundo extremo se colocaron Taine, atribuyendo al cielo de Grecia la brillante historia del arte heleno, y Gousin cuando, llevando a la hipérbole las afirmaciones de su compatriota, atrevidamente dijo: "Dadme la Geografía de un pueblo, y yo os daré su Historia". En el extremo opuesto se oyen las palabras de Hegel: "No quiero oír hablar más del cielo de la Grecia; los turcos ocupan hoy el mismo país en que antaño vivieron los griegos". Concepto simplista por cierto este último, como por absoluto lo califican justamente Brunhes y Vallaux, pero que suena como una réplica a conceptos demasiado aventurados. Recíproca es la influencia, y esta reciprocidad excluye tal antagonismo en las teorías.

Apartándose de factores meramente geográficos han podido colocarse en otros puntos de mira los discriminadores de las causas de la Historia. Quiénes, como insinúan las palabras de Hegel, la atribuirán al elemento raza; quiénes la referirán a la continuidad, la cual a su vez requiere ser explicada; y quiénes al temple de determinado pueblo, que también requiere explicación.

En lo absoluto de estos asertos habrá siempre su parte de error, pero cada uno de ellos encierra su elemento de verdad. Por lo mismo, sería más exacto atribuir la Historia a una larga concatenación de hechos geográficos y humanos que alternan en un círculo giratorio, admitiendo que, como perentoriamente lo proclaman la conciencia y el consentimiento universal, aunque urgidas por ellos, permanecen libres las determinaciones de los hombres.

Ciertamente, el elemento racial no es extraño en los humanos acontecimientos. No todas las razas han probado tener el mismo temple. Mas, por otra parte, parece evidente que el vigor físico y moral de un pueblo no puede ser extraño al suelo que lo nutre, ni al ambiente total que lo rodea; ni sus empresas a ese temple, ni los hechos presentes a los pasados, ni los futuros a los actuales. La Geografía, la raza, necesitan de historia para valorizarse, si cabe el término; y la Historia con más aporte humano acrece su influencia.

No aguerridos, durante ocho siglos de rudas batallas, no hubieran sido los castellanos bastante temerarios a desafiar en las condiciones en que lo hicieron, a la numerosa población de aborígenes americanos, internándose casi uno a uno en el corazón de un continente salvaje. Pero, aun con esa preparación, tampoco hubieran coronado su empresa, a haber sido otra la civilización de los pueblos americanos, tan aislados del progreso en las artes de la guerra como geográficamente lo estaban del continente civilizado.

El hombre humaniza la tierra, y muchas de sus obras, un ferrocarril, un cable submarino o un canal, tornándose en verdaderos hechos geográficos, representan toda una suma de historia, de la historia del progreso de las ciencias y de las luchas entre los pueblos. Ahí está, como hecho histórico, la rapidez de las comunicaciones terrestres, que ha desfigurado y continúa desfigurando económicamente los continentes. No otra cosa que un desfiguramiento es la reducción, en tiempo, a un 22%, de la distancia entre Norte América y Europa de 1830 a 1910. Y este es ejemplo de la Historia — vale decir del hombre — en acción sobre la Geografía.

Por lo demás, lugar común sería afirmar que cada pueblo, sea cual fuere el destino a que esté llamado, necesita cierta suma de historia, espera a un hombre, para realizarlo. Podrían citarse hechos contemporáneos. .. Igualmente, cada realidad geográfica permanece como en reposo, en espera de cierto exponente histórico, de determinado momento de civilización, de expansión de los pueblos, para influir en los humanos destinos. ¿Quién pensó hace un siglo, o siquiera hace cincuenta años, en la utilidad estratégica de los atolones de Oceanía? Hoy, gracias a la aviación, admirablemente perfeccionada, aquellas islas tan características se hallan en vía de convertirse en importantes bases militares. La Geografía necesita, pues, de la Historia para influir en ella a su turno. Y lejos de ser el hombre simple vasallo de las formas y volúmenes geográficos, va cumpliendo en los siglos la bíblica consigna de enseñorearse de la tierra.

Muy en lo justo, y con visión clara de todo el problema, se colocan, pues, Brunhes y Vallaux al considerar la Historia como una versión de la Geografía, ésta como una versión de la Historia, y al hombre como agente geográfico. Y merece subrayarse el original epíteto de "polvo geográfico de la Historia" que aplican a los escombros de antiguos monumentos.

Haciendo converger a nuestro medio las someras anotaciones precedentes, terminaremos expresando el deseo de que algún historiador, avezado también en el conocimiento de nuestra Geografía, emprenda, para solaz intelectual de los hombres estudiosos del país, y para guía de profesores y maestros, la elaboración concienzuda de una Geografía de nuestra historia.

Es que no a humo de pajas, por lo complejo de la materia, se puede penetrar por estos dominios. Y si no hay quién con oportunidad y competencia interprete la alianza histórico-geográfica, corremos el riesgo de que, por el prurito de dar cariz científico a la enseñanza histórica, más de un Pero Grullo, creyendo obvias tan importantes cuestiones, se ande por sus provincias y falsee luego en la mente de nuestras juventudes la filosofía geográfica de los orígenes y de la vida de nuestra nacionalidad.

Para tal empresa hay ya, aunque dispersos en nuestra literatura, numerosos jalones; y bastaría reunir, armonizar y complementar lo que hasta el presente se halla diseminado acá y allá, para ofrecer al país esa obra de positiva utilidad.

Revisado por: TAP